





# Los centuriones





JEAN LARTÉGUY

# LOS CENTURIONES

Traducción de Carlos Gual Marqués

  
**melusina**

Título original: *Les centurions*

© Presses de la Cité, 2011

© De la traducción del francés: Carlos Gual Marqués

© Editorial Melusina, s.l.

[www.melusina.com](http://www.melusina.com)

El editor agradecerá que se le haga llegar cualquier comentario, duda o sugerencia a la siguiente dirección de correo electrónico: [info@melusina.com](mailto:info@melusina.com)

Reservados todos los derechos de esta edición.

Primera edición: octubre de 2022

Diseño de cubierta: Silvio García Aguirre

Imagen de cubierta: Granger

Fotocomposición: Carolina Hernández Terrazas

ISBN: 978-84-18403-63-7

Depósito legal: TF.518-2022

Impresión: Estugraf s.l.

Impreso en España

A Jean Pouget





## CONTENIDO

### PRIMERA PARTE. EL CAMPO N° I

1. El honor militar del capitán de Glatigny 15
2. La autocrítica del capitán Esclavier 42
3. El remordimiento del teniente Pinières 73
4. Las porcelanas del Palacio de Verano 93
5. El robo del teniente Mahmudi 113
6. El hombre Viet Minh 129
7. El ventral del teniente Marindelle 149
8. Día el Magnífico 166
9. El mal amarillo 187

### SEGUNDA PARTE. EL CORONEL DE INDOCHINA

1. Los gatos de Marsella 213
2. Los bellos edificios de París 234
3. Los mulos del puerto de Urquiaga 277

TERCERA PARTE. LA RUE DE LA BOMBE

1. Los amotinados de Versalles 323
2. La pantera negra 343
3. El salto de Léucade 370
4. Los amores de Argel 395
5. El señor Arcinade sale de las sombras 430
6. Rue de la Bombe 469

*Cuando dejamos nuestro suelo natal, se nos dijo que nos íbamos para defender los derechos sagrados de tantos ciudadanos que se habían asentado allá lejos, con tantos años de presencia, con tantos beneficios a poblaciones necesitadas de nuestra ayuda y nuestra civilización.*

*Pudimos comprobar que todo esto era cierto y, porque era cierto, no dudamos en pagar el tributo de sangre, en sacrificar nuestra juventud, nuestras esperanzas. No nos arrepentimos de nada, pero mientras aquí nos anima este estado de ánimo, me dicen que en Roma se suceden las conjuras y las maquinaciones, que florece la traición y que muchos, vacilantes y conturbados, prestan oídos complacientes a las más bajas tentaciones de abandono, vilipendiando así nuestra acción.*

*No puedo creer que todo esto sea cierto y, sin embargo, las guerras recientes han demostrado lo pernicioso que puede ser ese ánimo de espíritu y a dónde puede conducir.*

*Te lo ruego, tranquilízame lo antes posible y dime que nuestros ciudadanos nos comprenden, nos apoyan y nos protegen como nosotros protegemos la grandeza del Imperio.*

*Si fuera de otro modo, si dejáramos en vano nuestros huesos blancos en las pistas del desierto, ¡cuidémonos de la ira de las legiones!*

*Marco Flavinio,  
centurión de la cohorte de la legión Augusta,  
a su primo Tértulo en Roma*



Conocí bien a los centuriones de las guerras de Indochina y Argelia. Durante un tiempo fui uno de ellos; luego, como periodista, me convertí en su testigo y, a veces, en su confidente.

Siempre sentiré una conexión con estos hombres, aunque un día no esté de acuerdo con el camino que decidan seguir, pero no me siento obligado a retratarlos de forma convencional ni más o menos embellecida.

Este libro es ante todo una novela, cuyos personajes son imaginarios. Puede que de vez en cuando, por un rasgo o una aventura, recuerden a uno u otro de mis antiguos compañeros que se ha hecho famoso o ha muerto olvidado. Pero ninguno de estos personajes podría ser nombrado sin llevar a engaño. Por otro lado, los hechos, las situaciones, los escenarios están casi todos tomados de la realidad y he tratado de ceñirme a las fechas exactas.

Dedico este libro a la memoria de todos los centuriones que murieron para que Roma pudiera sobrevivir.



PRIMERA PARTE  
EL CAMPO N° I





## I. El honor militar del capitán de Glatigny

Arados los unos a los otros, los prisioneros parecen una columna de orugas procesionarias. Desembocan en una pequeña hondonada, flanqueados por sus guardianes del Viet Minh que no paran de gritarles:

—¡*Di-di, mau-len*, avancen... más rápido!

Todos se acuerdan de los *ricksshaw* que solían tomar en Hanoi o Saigón, hace sólo unas semanas o meses. También ellos gritaban:

—*Mau-len, mau-len*, corre más rápido, basura, que hay una hermosa mestiza esperándome en la rue Catinat. Es tan zorra que, si sólo llego diez minutos tarde, ya habrá encontrado otro tipo. ¡*Mau-len, mau-len!* El permiso ha terminado, el batallón está en alerta, y quizás atacemos esta noche. *Mau-len*, ve más rápido para que este rincón del jardín y esta delgada figura blanca que me saluda desaparezcan.

La hondonada se parece a cualquier otra del país tailandés. De repente, la pista se desprende del valle, atenzada por la montaña y el bosque, y discurre hacia el orden de los arrozales, que encajan unos con otros como en una pieza de marquetería. El encaje geométrico de los diques de tierra negra parece enclaustrar los colores: verdes muy densos que corresponden a los de la hierba de los arrozales.

El pueblo en el centro de la depresión ha sido destruido. Sólo quedan algunos pilotes ennegrecidos por el fuego, que emergen de

la alta hierba de elefante. Los habitantes han huido al bosque, pero el comité político utiliza estos pilotes con fines de propaganda.

Un cartel toscamente dibujado muestra a una pareja tailandesa con sus trajes tradicionales, la mujer con su sombrero plano, corpiño estrecho y larga saya; el hombre con su pantalón negro ancho y chaqueta corta. Ambos reciben con los brazos abiertos a un *bo-doi*, es decir, un soldado triunfante de la República Democrática de Vietnam, que lleva un casco latanier y una enorme estrella amarilla sobre fondo rojo prendida en su guerrera.

Un *bo-doi* similar al de la pancarta, pero que camina descalzo y con una ametralladora cruzada al pecho, hace señas a los prisioneros para que se detengan. Se dejan caer en la hierba alta que festonea el sendero; no pueden usar los brazos atados a la espalda y se retuercen como anillas de gusanos.

Un campesino tailandés emerge de la maleza. Se acerca tímidamente a los prisioneros. El *bo-doi* le anima con frases cortas y secas que parecen eslóganes. Pronto hay un grupo entero de ellos, con sus ropas negras, mirando a los franceses cautivos.

El espectáculo les parece increíble y dudan sobre la actitud que deben adoptar. Sin saber qué hacer, permanecen en silencio, inmóviles, dispuestos a salir corriendo. Tal vez se preparan para ver a los «narices largas» romper sus ataduras y derribar a sus guardias.

Uno de los tailandeses, utilizando todo tipo de formas de precaución y cortesía, interroga a otro *bo-doi* que acaba de aparecer, armado con un pesado fusil checoslovaco que sostiene con ambas manos. Con suavidad, con el tono protector de un hermano mayor que habla con su hermano menor, el *bo-doi* responde, pero su falsa modestia hace que el triunfo del viet\* sea aún más insoportable para el teniente Pinières. Este se vuelve hacia el teniente Merle:

—¿No crees que el viet parece un jesuita que acaba de volver del auto de fe dominical? Quemaron a la bruja en Dien Bien Phu y tiene que contarlo. Nosotros éramos la bruja.

\* Viet es una abreviatura de Viet Minh (el frente nacionalista de Vietnam dirigido por el partido comunista) y se refiere a los soldados que lo conforman. (N. del t.)

La Voz de Boisfeuras se alza chillona, y a Pinières le parece tan petulante como la del *bo-doi*:

—Les dice que el pueblo vietnamita ha derrotado a los imperialistas y que ahora son libres.

Por su parte, el tailandés va traduciendo a sus compañeros. Alza la voz, se da aires de protección y se endereza, como si hablar el idioma de esos extraños soldaditos, amos de los franceses, le hiciera partícipe de su victoria.

Los tailandeses profieren algunos gritos de alegría, pero no demasiado fuertes, y exclamaciones y risas reprimidas, y se acercan a los prisioneros para verlos mejor.

El *bo-doi* alza la mano y pronuncia un discurso.

—Bueno, capitán Boisfeuras —pregunta Pinières agriamente—; ¿qué dicen ahora?

—El viet les está hablando de la política de clemencia del presidente Ho y les dice que no se puede maltratar a los presos, cosa que nunca se les ocurriría hacer. El viet les animaría a hacerlo para tener el placer de reprimirlos. También les dice que esta tarde, a las cinco, la guarnición de Dien Bien Phu se ha rendido.

—¡Mil años de vida al presidente Ho! —dice el *bo-doi* al terminar su arenga.

—¡Mil años de vida al presidente Ho! —corea el grupo con la voz seria y átona de los escolares.

La noche ha caído sin crepúsculo. Enjambres de mosquitos y otras plagas pululan por los brazos, las piernas y los torsos desnudos de los franceses. Los vietnamitas pueden al menos abanicarse con ramas frondosas.

Rodando hacia adelante, lo que obliga a sus otros compañeros a moverse, Pinières se acerca un poco a Glatigny, que mira al cielo y parece perdido en una ensoñación.

Están atados todos juntos por su culpa, porque se enfrentó al comisario político. Pero ninguno de los veinte hombres atados con él le guardaba rencor, salvo quizá Boisfeuras, que ni siquiera ha expresado su opinión al respecto.

—Dígame, mi capitán, ¿de dónde sale este Boisfeuras que habla su jerga?

Pinières tutea a todos, excepto a Glatigny por deferencia, y a Boisfeuras para mostrarle su hostilidad.

A Glatigny parece costarle trabajo salir de su ensoñación. Tiene que hacer un gran esfuerzo para responder:

—Hace sólo cuarenta y ocho horas que lo conozco. Llegó la noche del 4 de mayo al punto de apoyo y es un milagro que haya pasado con su convoy de PIM,\* cargado de municiones y suministros. Hasta hoy no había oído hablar de él.

Pinières, tras gruñir algo, se frota la cabeza contra una mata de hierba para alejar a los mosquitos.

Glatigny quería olvidar la caída de Dien Bien Phu; pero los acontecimientos de los últimos seis días, los combates que habían tenido lugar en el punto de apoyo de Marianne II que él comandaba, todo eso había forjado una especie de molde para conformar un bloque de fatiga y horror.

La víspera, el pico había sido bloqueado en sus tres cuartas partes. La infantería del Viet Minh atacaba todas las noches y los morteros pesados hostigaban la posición durante el día. Del batallón, cuarenta hombres seguían vivos o ligeramente heridos. El resto se confundía con el barro de los agujeros de los impactos.

Durante la noche, Glatigny había tenido un último contacto por radio con Raspéguy, que acababa de recibir sus galones de teniente coronel; sólo él seguía respondiendo y dando órdenes. Fue a él a quien Glatigny envió un sos:

—No tengo más suministros, mi coronel, ni municiones, y ellos están sobre la posición, donde estamos luchando cuerpo a cuerpo.

La voz de Raspéguy, un poco ronca, pero que aún conservaba algunas de las entonaciones cadenciosas del euskera, le tranqui-

\* Literalmente, prisioneros internos militares. De hecho, sospechosos o incluso prisioneros de guerra que desempeñaban el papel de culís con las unidades de combate, y que rápidamente se unían como combatientes. Me ocurrió, una noche de Navidad en el campo de la Legión Extranjera cerca de Hanoi, ver a estos PIM disparando morteros ante un ataque del Viet Minh. Esa noche, los legionarios estaban demasiado borrachos para hacerlo ellos mismos.

lizó y le dio calor, como un vaso de vino después de un duro esfuerzo.

—Aguanta, chico. Intentaré que te llegue algo.

Era la primera vez que el gran paracaidista le tuteaba. A Raspéguy no le gustaban los hombres del estado mayor ni todos aquellos que estaban demasiado cerca de los generales, y Glatigny había sido durante mucho tiempo el ayudante de campo del comandante en jefe.

La mañana había irrumpido de nuevo y una silueta había bloqueado por un momento el cuadrado de cielo que se recortaba a la entrada del parapeto.

La figura se había encorvado y luego se enderezó. El hombre con el traje embarrado había colocado cuidadosamente su carabina americana sobre la mesa, y luego se había quitado el casco de acero, que llevaba directamente sobre su sombrero de monte. Tenía los pies desnudos y los pantalones arremangados hasta las rodillas. Cuando se volvió hacia Glatigny, la luz grisácea de aquella mañana lluviosa había iluminado sus ojos cuyo iris tenía una pigmentación verde agua muy pálida.

Se presentó:

—Capitán Boisfeuras. Tengo unos cuarenta PIM y una treintena de cajas conmigo.

Los dos convoyes anteriores habían tenido que renunciar a franquear los trescientos metros que aún unían Marianne II con Marianne III a través de un conducto informe repleto de barro líquido bajo el fuego de los viets.

Boisfeuras había sacado un papel del bolsillo y comenzó a enumerar:

—Dos mil setecientas granadas de mano, quince mil cartuchos; pero no hay más granadas de mortero y tuve que dejar las cajas de racionamiento en Marianne III.

—¿Cómo lo ha hecho? —preguntó Glatigny, que ya no contaba con ninguna ayuda adicional.

—Convencí a mis PIM de que debían venir.

Glatigny observó a Boisfeuras con más atención. Era bastante bajito, un metro setenta como mucho, con caderas estrechas y la espalda

ancha. Tenía un poco la estatura de un nativo de la Alta Región: un cuerpo robusto y esbelto al mismo tiempo. Sin ver su rostro, con su nariz fuerte y su boca carnosa, podría haberse confundido con un mestizo; la voz ligeramente chillona acentuaba esta impresión.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Glatigny.

—La división 308 nos atacará mañana, al anochecer, la más dura de todas. Por eso he dejado las cajas de racionamiento para poder traer un poco más de munición.

—¿Cómo lo sabe?

—Antes de venir con el convoy, fui a dar un paseo con los viets y tomé un prisionero. Era de la 308 y me dio la información.

—Los del puesto de mando no me han dicho nada.

—Me olvidé de traer al prisionero de vuelta. Era un estorbo, así que nadie me quiso creer.

Mientras hablaba se limpió las manos con el sombrero y tomó un cigarrillo del paquete de Glatigny; el último que le quedaba.

—¿Tiene fuego, por favor? Gracias, señor. ¿Puedo sentarme aquí?

—¿No regresa al puesto de mando?

—¿Para qué? Todo está perdido allí como aquí. La 308 se ha reorganizado por completo; va a darlo todo y arrasará con lo que aún quede en pie.

A Glatigny empezaba a irritarle la petulancia del recién llegado y también la socarronería que veía en sus ojos. Intentó ponerlo en su lugar:

—¿Esta información también es de su prisionero?

—No, pero hace quince días crucé la retaguardia de la 308 y vi llegar las columnas de reclutas.

—¿Por qué puede permitirse pasear con los viets?

—Vestido de *nha-que*,\* soy irreconocible y hablo muy bien el vietnamita.

—Pero ¿de dónde viene?

—De la frontera china. Estuve organizando algunos maquis allí arriba. Un día, recibí la orden de dejarlo todo para ir a Dien Bien Phu. Me llevó un mes.

\* Campesino en vietnamita. (Nota del t.)